

Ganadora del Premio Puck de novela juvenil



Una
Sonata
- de -
Verano

- Belén Martínez -



PUCK

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

1.ª edición: octubre 2018

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2018 by Belén Martínez

All Rights Reserved

© 2018 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

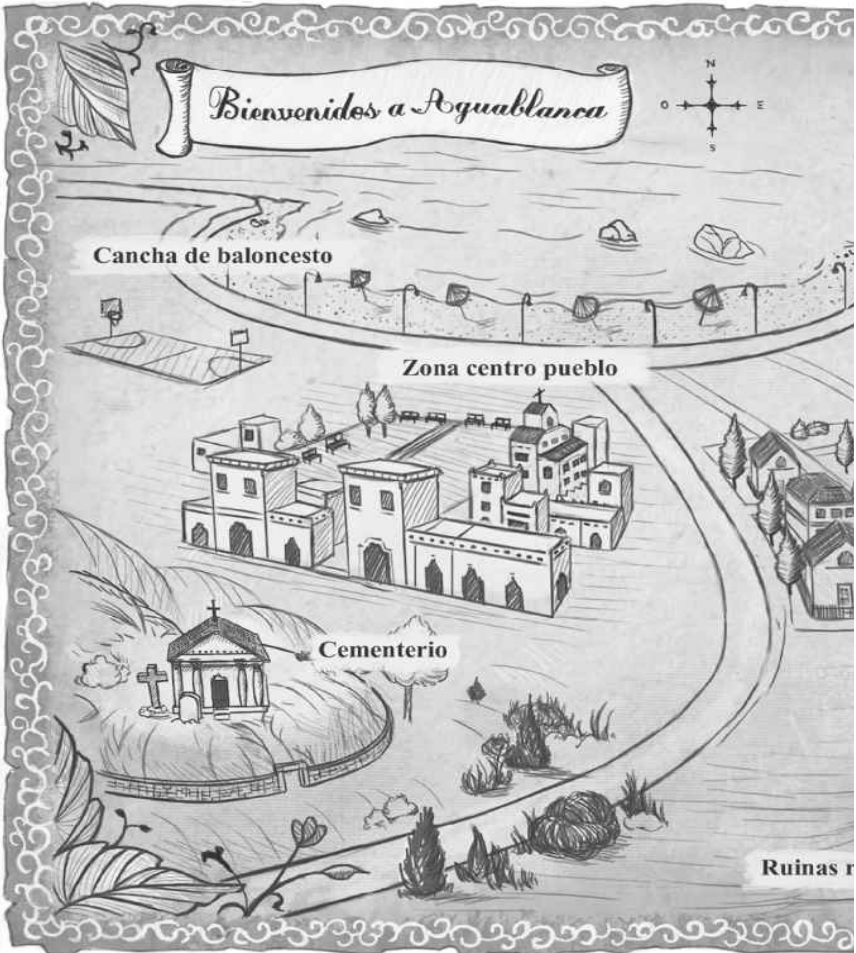
ISBN: 978-84-17312-62-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*A mis padres, que me regalaron una infancia llena
de libros antiguos, música y fines de semana en un
lugar en el que todo parecía mágico.*

Me bastaba un simple roce o el olor para identificarle; y si me quedara ciego, podría reconocerle por el modo en que respiraba o en que pisaba el suelo. Le reconocería en el fin del mundo, incluso en la muerte.

La canción de Aquiles, Madeline Miller.





Hay familias que nacen y crecen en la oscuridad, como el musgo y los helechos. Y los Vergel pertenecían a esa clase de familia.

Algunos decían que eran los fundadores de Agua Blanca porque siempre estuvieron ahí, vigilando, desde lo alto del acantilado. Vivían aislados por las rocas y los pinos, y por un poder que estremecía y fascinaba a partes iguales.

Eran nobles y, aunque ninguno de los habitantes del pueblo estaba seguro de si descendían de condes, o de duques, sabían que cualquier nacido en esa familia estaba empapado de nobleza.

Nadie jamás se atrevió a atacarlos. Eran sagrados. Eso era algo que el tiempo o las personas no habían podido cambiar. Ni siquiera una guerra lo había conseguido.

Era el diecisiete de julio del año mil novecientos treinta y seis, cuando Víctor Vergel sopló las velas de su décimo séptimo cumpleaños, el primer soldado murió a cientos de kilómetros de distancia y Ágata Faus traspasó por primera vez el umbral de la mansión.

La historia pudo haber sido diferente. Los Vergel podrían haber suspendido la fiesta tras haber escuchado los rumores sobre el golpe de Estado, ese sol-

dado que murió pudo haberse rendido, en vez de plantar cara, y Ágata pudo haber dado marcha atrás en el último instante.

Pero, si nada de eso hubiese ocurrido, nunca habría tenido una historia que contar.

Preludio de invierno, Capítulo 1, página 3.

Óscar Salvatierra.



Mis padres me llamaron Casio porque creyeron, quizás, que mi albinismo no llamaría lo suficiente la atención. No fue lo peor que pudo haberme pasado. Si hubiera sido una niña, mi nombre habría sido Tetis.

No hace falta añadir mucho más. Definitivamente habría sido peor.

La culpa la tuvo mi padre. Pudo elegir entre cientos de nombres tan normales como Miguel o Javier, pero él quería algo diferente, algo que perdurara tanto como esos héroes de la literatura clásica que adora.

Tetis fue la madre de Aquiles. Era una ninfa del mar, en la que los mismísimos Zeus y Poseidón estuvieron interesados. Además, tuvo un papel decisivo en la larga guerra de Troya.

Casio no fue tan importante. De hecho, la historia nunca lo trató muy bien. Fue uno de los conspiradores que asesinó al famoso Julio César, traicionándolo. Cuando mi padre me

contó la historia, dejándome boquiabierto, se apresuró a añadir que él nunca vio a Casio como un traidor o un simple asesino, sino como un hombre valiente que se había atrevido a finalizar con la tiranía de un dictador.

De broma, añadía que, quizás, algún día yo también sería capaz de lograr una hazaña así.

Es una historia que repite miles de veces, aunque ahora, mientras atravesamos los campos verdes a toda velocidad con nuestro coche, esté relatando la de mi hermana.

Con ella, mis padres fueron más piadosos. Se pensaron mejor lo de Tetis y terminaron por ponerle Helena. Con «H». Como Helena de Troya.

Al contrario que a mí, a mi hermana le encanta la leyenda que envuelve a su nombre. Cada vez que la escucha, los ojos le brillan y sonrío sin contenerse. Le gusta llevar el nombre de una mujer que fue considerada una de las más bellas de la historia. Que, por su culpa, miles de personas murieran y decenas de ciudades fueran masacradas, son detalles de poca importancia.

Tiene solo diez años, pero sé que, si quisiera, podría hacer arder el mundo. Ese pelo rubio y esos ojos celestes no son más que un espejo engañoso.

A veces, tengo miedo del momento en que se convierta en una adolescente.

—¿Por qué me estás mirando así? —me pregunta de pronto, hundiendo sus ojos afilados en los míos—. Sabes que el incesto está prohibido, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco y me hundo el sombrero de paja hasta las cejas. Por Dios, es ella la que se tiene que ruborizar con este tipo de cosas, no yo, no su maldito hermano mayor.

—Dime, por favor, que ni siquiera sabes lo que es eso.

—Ana me lo explicó el otro día. Estuvo investigando en una página de internet —contesta ella, sin inmutarse. Sabe que por las ventanas abiertas del coche se cuele demasiado aire como para que mis padres puedan escucharla—. Encontró un video que decía algo así como «Familias suculentas que...»

—Calla, calla —la interrumpo, lanzándole una mirada asesina—. Tu amiga no debería ver esas cosas.

—¿Y tú sí? —Helena alza la barbilla con tanta dignidad como lo haría una princesa cruel—. Ana me ha dicho que su hermano las ve continuamente. Y tiene tu edad.

Resoplo y desvío la mirada para clavarla en el exterior. Sé que es mejor no contestar. Esta conversación no llegará a ninguna parte. Se ha repetido demasiadas veces.

—¿El sombrero te cubre bien? —me pregunta de repente mi madre, sobresaltándome.

Dirijo la mirada hacia el retrovisor, desde donde sus ojos castaños me observan, ligeramente fruncidos.

—Pues claro. Es el más grande que tenían en la tienda —contesto, haciendo una mueca de fastidio—. Lo siguiente era una sombrilla de playa.

—No deberías avergonzarte —interviene mi padre, girando la cabeza para dedicarme un guiño divertido—. Antiguamente, en la época romana, los hombres más importantes del imperio iban a todas partes cubiertos con grandes parasoles que...

Apoyo la frente sobre el cristal a medio bajar del coche y suspiro, haciendo oídos sordos a la explicación de cómo la piel blanca era considerada un signo de estatus y poder en

la época de no sé quién. Como si me importara.

Mis ojos se clavan en el paisaje.

Cuanto más avanzamos, el verde que cubre los árboles y los arbustos de la autopista se oscurece, y el aire que me azota la cara, cobra humedad. Las montañas que antes nos rodeaban van desapareciendo hasta convertirse en ligeras lomas, en las que los olivos y las zarzas se acumulan, creando hileras perfectas que forman dibujos en el horizonte.

Con cada inspiración, el aire me sabe diferente. Ya casi no hay rastro de ese olor a tierra mojada y a frío que empapa mi ciudad. Cada vez es más cálido, más salobre.

Creo que veremos el mar de un momento a otro.

—¿Casio?

—¿Eh?

Parpadeo, volviendo a la realidad de golpe. Mis padres se han vuelto desde los asientos delanteros para mirarme, ceñudos. Mi hermana bufa entre dientes, molesta porque seguramente acabo de fastidiar una de las historias de mi padre.

—¿Cuándo llegará Laia? Necesitamos saberlo para colocar la cama supletoria en el dormitorio de Helena.

Me estremezco, y vuelvo a girar la cabeza, para que mis padres no puedan ver mi expresión.

—Supongo que a mitad de agosto —respondo, intentando que mi voz suene lo más normal posible.

—¿Laia? ¿Solo Laia? —me susurra mi hermana, propinándome un codazo—. ¿No van a venir tus otros dos amiguitos? ¿El gigante y el idiota? Además —añade, alzando lo suficiente la voz para que mis padres la escuchen—, yo no quiero que Laia duerma conmigo. Me cae mal.

—Cállate, arpía —le siseo.

—Es una lástima que al final Daniel y Asier no puedan venir —comenta mi madre, que parece no ver el aparatoso corte de mangas que me ha dedicado Helena—. Va a ser el primer verano que no paséis juntos.

Retuerzo los dedos de forma inconsciente y me olvido de mi hermana pequeña, que no deja de hacer gestos con las manos que deberían estar prohibidos para niños de su edad.

Mi madre tiene razón. Será la primera vez que no estemos todos juntos, y no la última, imagino. Puedo contar con los dedos de la mano los días que hemos estado separados en los veranos anteriores. Habrían sido solo horas si no tuviéramos que comer y dormir. A veces, alguno de nosotros cuatro se marchaba una semana fuera, pero siempre contábamos los días para regresar. Nunca estábamos solos en la ciudad, siempre buscábamos algo que hacer, a pesar de que el calor era insoportable y la única forma de tolerarlo era acudir a las piscinas municipales que siempre estaban a rebosar.

Asier y Laia eran los que más se ausentaban. Tenían familia fuera, así que a veces no tenían más remedio que marcharse. Pero Daniel no. Él siempre estaba a mi lado. Su familia era pequeña, parecida a la mía, no tenía apenas parientes a los que visitar.

Cuando estábamos el uno al lado del otro, sentíamos que no hacía falta nada más, que con nuestra amistad bastaba.

Este verano iba a ser especial. Después de tantas veces rogándoselo a mis padres, por fin habían aceptado pasar las vacaciones en Aguablanca. Les había hablado tantas veces de ese pueblo a mis amigos y a mi familia, que acababan huyendo entre risas y poniendo los ojos en blanco cada vez